

CUENTO

Había llegado el momento. Atrás quedaban tres largos años que le parecieron eternos. Si todo salía bien, ya no habrían más diálisis, no más sesiones de máquinas. Por fin, podría acceder a la libertad.

— Todo está a punto, Manolo. Te van a inyectar un preanestésico y dentro de una hora, al quirófano.

— ¡Estoy tan nervioso, doctor Lebel! contestó él.

Cinco horas más tarde, todo había acabado y Manolo estaba en la habitación especial de rehabilitación, aún semiinconsciente.

— ¡Magnífico, profesor Lebel, magnífico! Ha sido sin duda la mejor operación de trasplante renal que ha efectuado usted y, si no hay complicaciones, el paciente será un hombre nuevo.

— Gracias, querido colega. Sí, realmente ha sido un buen trabajo. El riñón estaba en perfectas condiciones y Manolo era el receptor más adecuado: la computadora lo eligió a él el primero, con prioridad alfa x 10 sobre el segundo. Era un caso en el que no había dudas.

Quince días después, Manolo se despide del doctor Lebel y del resto del equipo que le ha efectuado el trasplante. Por fin, se ve en la calle, lleno de energía y con unas ansias enormes de disfrutar de la vida, como no había sentido jamás.

— ¡Qué bonito está todo! — va pensando —, me gustan las flores, los árboles, las personas... ¡¡¡TODO!!! Sólo tengo cuarenta años y aún puedo disfrutar de la vida. Yo sé lo que es estar enfermo y ahora que me encuentro sano, lo aprovecharé, vaya si lo aprovecharé. Soy rico y no tengo necesidad de trabajar, así que por lo menos durante un año, haré lo que me dé la gana, sin más ataduras y obedeciendo sólo al deseo del momento. Cuando pase este tiempo, ya veré qué hago. ¡La felicidad me espera!

De pronto, sus ojos tropiezan en la portada de la revista local y el rostro amigo del doctor Lebel aparece en ella: «El mejor trasplante renal de la historia de la Medicina» reza en grandes titulares en la primera página.

— Por favor, deme «Actualidad Ciudadana». Se sienta en la terraza de un café y pide una bebida. Mientras tanto, comienza a leer el reportaje con gran satisfacción... «El donante era Miguel López, joven de veintijún años, muerto en accidente de tráfico...»

Al leer el nombre del fallecido, Manolo notó que algo en su interior sufría una gran conmoción y al cabo de un momento se encontró caminando a prisa, sin rumbo conocido y sin él saber lo que quería.

— ¿Qué me pasa? ¿Por qué me agito tanto? Inconscientemente, se llevó la mano a la zona de la espalda donde tenía situado el riñón derecho, el nuevo, y parecióle que allí había algo vivo, con inteligencia propia. Se sintió sudar y con la mirada ansiosa recorrió el paseo buscando un banco libre donde sentarse un rato pues se sentía desfallecer...

— Dios mío, ¿qué tengo?... ¡Estaba tan bien, tan lleno de vida y de ilusiones...! ¡Y al comprar esta revista, parece que no soy el mismo...! ¡Oh, no!, ¡¡¡Quiero estar sano!!!

De pronto, sin saber a qué ni a quién obedecía, se puso en pie y comenzó de nuevo a caminar, pero él notaba que no era su corteza cerebral la que dirigía sus pasos, a él le parecía que era un autómatas...

— Si no fuese porque es una locura, me atrevería a jurar que soy esclavo de... ¡mi nuevo riñón!

— ¡Que chica tan guapa! ¡Y qué joven! Sin poderlo remediar sintió que sus labios decían: ¡Hola, Luisa! ¿cómo estás?

— Señor yo no le conozco. Se habrá confundido.

— Sin duda alguna jovencita, yo tampoco te conozco, pero al verte me pareció que sí. Perdona Sailu.

— ¡Ah! Usted no me conoce y primero me llama Luisa y luego Sailu y así sólo me llamaba el pobre Miguel! ¿No será su padre? Pero no, es usted joven para eso... Al oír pronunciar el nombre de Miguel, Manolo sintió de nuevo la terrible opresión de su costado y sin tan siquiera contestar a la chica siguió su camino, que aparentemente no tenía destino...

— ¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? Esto es peor que las fistulas, peor que las diálisis, peor... ¡que todo! ¡Me ahogo! ¡Me falta aire! No, me falta... ¡voluntad! ¡Soy un esclavo! ¡Corro, corro, corro!... pero ¿a dónde voy? ¡Quiero morir!, ¡Quiero morir...!

Manolo quiere gritar, volverse, hablar a las gentes, pero no puede. El costado derecho es el que manda...

Se pone la mano sobre la herida y nota que esta le arde, que palpita, que está viva, que... ¡le domina!...

Ya no ve, corre a ciegas, tropieza, cae, se levanta, nota que ora le increpan, ora le ayudan, pero él, tal como un borracho va haciendo eses sin saber a ciencia cierta a donde se dirige. El costado manda...

— Es absurdo todo esto. Voy a ver al doctor Lebel, él tendrá una explicación. ¿Estaré aún en la clínica y estoy delirando? Pero la terrible maldición que le envía un basurero al que acaba de volcar el cubo de la recogida, le lleva por unos instantes a la realidad y comprende que «eso» le está sucediendo a él y en «ese» momento...

El costado derecho manda.

De pronto, sus atolondrados pasos le llevan a las afueras de la ciudad y se encuentra en un sitio desconocido al que jamás tuvo intención de visitar. Levanta los ojos y ve un anagrama:

— «Alfa y omega». El principio y el fin. Un rayo de luz se hace en su embotado cerebro y comprende: ¡El cementerio! ¡No, no, no! ¡No quiero entrar! Por favor ¡No! ¡Socorro, socorro!... Pero nadie le oye. La voz no le sale del cuerpo y poco a poco, su voluntad se ve anulada y sus pies se dirigen a la entrada... ¡No! Gruesas gotas de sudor le resbalan... Cae de rodillas... ¡No!... se arrastra queriendo retroceder, pero el costado derecho, «ese costado» le obliga a avanzar y así, palmo a palmo, centímetro a centímetro va recorriendo el camino... Ya lo divisa, ya lo ve, ya «lo siente»... ¡Qué lejos quedan sus sueños!... ¡Qué quimera! Con un resto de voluntad, se resiste, pero su costado palpita, le manda, le ORDENA avanzar y, ya llega; ya está en su destino... Levanta los ojos y lee: «Aquí yace Miguel López, que murió a los 21 años, víctima de un accidente de tráfico...»

— Sí, ¡éste es mi destino! Ya descansaré.

De pronto, siente que su agonía aumenta. Nota como el costado derecho late con violencia. Un agudo dolor contrae sus entrañas. No puede más. Un microsegundo antes del final, asiste aterrorizado a la terrible conclusión. Sus carnes se abren y sale sangrante, vivo y palpitante el riñón transplantado, que se une por fin, a su antiguo dueño.

Manolo, finalmente, descansa en paz.

FRANCISCO GIL DE VALERA